

EDUARDO LIZALDE

LA ROSA GLAUCA

Nació la rosa verde ayer por la mañana.
Fue segregada, la deforme criatura,
por el corro floral y colorido
del gremio sindicalizado
y aldeano del jardín.
—Tiene color y pinta de enferma esa muchacha—
comentaron las albas, las rubias y las guindas,
rosas rosas y rojas de las vecinas matas
(seguramente lectoras de *Mein Kampf*),
cuando ella abrió sus pétalos acuosos
con su glauco translúcido
(las rosas hablan, sabemos,
como los cisnes, con pausas:
el perfume es su lengua).
El propio colibrí, llamado chuparroza
por su gula rosácea,
sua passion predominante,
le retiró su dardo
goloso y amoroso a la extranjera
—acaso engendro de una flor y un reptil
o un transformista camaleón,
átomo de prehistoria,
de pigmeica fealdad degenerada
y engañoso exotismo.
Y solamente el loro,
loco, feliz y verde como la esperanza,
desde su triste jaula de soltero,
le lanzó donjuanescas miraditas insinuantes.
La devoraron por la noche anónima, cuervos
y grajos vengativos, hasta ennegrecerla. ■